

Majestad, cerrando los ojos á todas las demás razones y motivos humanos, y que tengan sabor de carne y de sangre.

Quinto, las elecciones y propósitos que una vez tuviere hechos bien y ordenadamente, y por razones de servicio y gloria divina, no debo mudarlos ni alterarlos, sino tratar de la ejecucion y cumplimiento de ellos; las determinaciones que hubieren sido torcidas, y por respetos de carne y sangre, debo reformarlas, haciéndolas en tiempo y con modo que todas mis acciones vayan siempre encaminadas á la mayor gloria divina.

Estos cinco propósitos ó dictámenes, son como los nervios por donde se gobierna todo el aprovechamiento espiritual, y los huesos en que consiste la firmeza del hombre interior; son como el fundamento en que estriba todo este edificio de la torre evangélica, y como una quinta esencia en que está recogido lo más apurado de todo el ejercicio de las virtudes. Y por tener encerrada en sí tan alta perfeccion, piden mucha capacidad para ser entendidos, y mucho fervor para ser abrazados, y mucho esfuerzo y constancia para ser ejecutados. Y por eso dice nuestro santo padre Ignacio <sup>1</sup>, que estos ejercicios de la segunda semana, *se deben dar á pocos, de raras partes, ó que quieran determinar del estado de su vida, y tales, que de su aprovechamiento se espera notable fruto á gloria de Dios. Porque no se den á quien es rudo ó de poca complexion, cosas que no pueda descansadamente llevar y aprovecharse con ellas. Asimismo segun que se quisiere disponer, se debe dar á cada uno porque más se pueda ayudar y aprovechar. Por tanto, al que se quiere ayudar para se instruir, y para llegar hasta cierto grado de contentar á su áni-*

<sup>1</sup> P. IV, c. 8, lit. E.; P. VII, c. 4, lit. F.; 1.<sup>a</sup> Semana, anot. 18.

*ma, se pueden dar algunos exámenes, etc. Por donde si el que da los ejercicios viere al que los recibe ser de poco sugeto, ó de poca capacidad natural, de quien no se espera mucho fruto, más conveniente es darle algunos ejercicios leves, etc., y no proceder adelante en materias de eleccion, ni en otros algunos ejercicios que están fuera de la primera semana.* Todas estas son palabras de nuestro santo Padre en diferentes lugares donde trata de este punto; por las cuales bastantemente nos da á entender, cuánta dificultad tengan estos propósitos de la segunda semana, que son los grados de la via iluminativa y propios de los proficientes, así de parte del entendimiento, como de parte de la voluntad, como la experimentará muy presto el que se quisiere ejercitar en ellos. Ahora veamos en qué consiste cada una de las cinco dificultades de que arriba dijimos, y cómo nos hemos de ayudar de estos cinco dictámenes ó propósitos para vencerlas, y para andar siempre adelante por la via del divino servicio.

#### CAPÍTULO IV.

DE LA MUCHEDUMBRE DE LAS VIRTUDES, Y PRIMERO DE LAS VIRTUDES TEOLOGALES.

**P**RIMERAMENTE la muchedumbre de las virtudes hace muy dificultoso el ejercicio de ellas; porque son tantas que con mucho cuidado y estudio apenas se pueden saber sus nombres, y mucho menos conocer sus na-



turalezas y propiedades, y la materia, ocasiones y actos con que se ejercitan. Porque unas virtudes son teologales, otras cardinales que llamamos, ó morales; unas infundidas de Dios, otras adquiridas con nuestro ejercicio; y de éstas, unas son como cabezas y raices, otras como miembros y ramos que salen de ellas. Y para dar alguna noticia de esta materia pondremos aquí una breve suma y declaracion, no tanto de la naturaleza de las virtudes, quanto de sus nombres, sacada de lo que más largamente trata santo Tomás en la *Secunda secunda*, y otros autores <sup>1</sup>.

La primera de las virtudes teologales, que se infunde en nuestras almas, es la fe, á la cual pertenece dar crédito á todas las cosas que Dios nuestro Señor ha revelado, sin buscar otro argumento más que la autoridad del mismo Dios, que nos lo revela, y de la santa Iglesia nuestra madre que lo propone. De esta fe dijo san Pablo <sup>2</sup>, que es el fundamento de las cosas que esperamos, y la que nos convence á creer las cosas que no vemos. Estas verdades de la fe, para que nos muevan á abrazar lo bueno, y á aborrecer lo malo, es menester rumiarlas y desmenuzarlas con el discurso del entendimiento, con humildad y atencion, y para esto ponemos la meditacion; la cual si se levanta de punto con luz más clara y afecto más encendido, llegará á ser contemplacion. Y contemplacion es una vista sencilla, atenta y quieta de las verdades que creemos, que inclina y mueve al amor de Dios y al desprecio de las cosas del mundo. Y desprecio del mundo es una renunciacion de todas las cosas visibles, que se hace interiormente con la voluntad, y

<sup>1</sup> P. Diego Alvarez de Paz, tomo 2, lib. 3. P. 2, per plurima capita Fe. — <sup>2</sup> Ad Heb. XI, 1.

exteriormente con la obra, y nace del amor de Dios; la cual con razon se atribuye á la fe, que nos descubre bienes mayores; por lo cual dijo san Juan <sup>1</sup>, que nuestra fe es la victoria que vence al mundo. De aquí nace la que llamamos pureza del corazon. Porque puro se llama, como dice santo Tomás <sup>2</sup>, lo que no está mezclado con cosas más vilés. Y el que ayudándose de la fe con que cree los bienes invisibles, desprecia y renuncia los bienes visibles y mundanos, este tal tiene su corazon puro, pues guarda sus pensamientos y sus afectos, sus palabras y sus obras limpias y sin mezcla de las cosas terrenas. Y éstas son las virtudes ó ejercicios virtuosos que andan en compañía de la fe.

Síguese la esperanza, que es la segunda virtud teologal, con la cual los bienes invisibles de la bienaventuranza y vida eterna, que creemos con la fe, los esperamos alcanzar y poseer por la gracia y misericordia de Dios, y por premio de nuestros merecimientos y buenas obras. A esta virtud le arrimamos por una parte la confianza y por otra el temor. Confianza llamamos una segura y firme persuasion de que Dios nuestro Señor nos ha de favorecer y ayudar en todas las necesidades y peligros, en todas las tentaciones y tribulaciones, así temporales como espirituales, y que nos gobierna siempre como padre amoroso, y mira en todas las acciones por nuestro bien y provecho. Esta esperanza cuando está crecida da gran firmeza á nuestro corazon entre las inconstancias y vaivenes de esta vida, y casi quita el sentimiento de todos los trabajos que suceden en ella. Esta confianza para que sea firme, y no dé en el extremo de la presuncion, debe estar acompañada y asegurada con

<sup>1</sup> I Joan., V, 4. — <sup>2</sup> S. Thom. 2, 2, q. 7, art. 2.



el temor. El cual ha de ser temor de no pecar, temor de no incurrir en alguna pena temporal ó eterna, temor de no perder los bienes perdurables que se esperan, que todo viene á ser finalmente temor de no resbalar en alguna ofensa contra su Criador, lo cual es la puerta de todos los otros males.

La última de las virtudes teologales, y la más perfecta de todas, es la caridad, que nos une estrechamente con Dios. Porque es una virtud con que amamos á Dios por sí mismo y por su misma bondad, y le servimos y obedecemos por sí mismo, no por temor de penas ni por esperanza de premios, aunque de este temor, y de esta esperanza nos debemos tambien ayudar á sus tiempos, como dijo nuestro santo Padre en la tercera parte de las Constituciones <sup>1</sup>. A este amor de Dios es consiguiente el amor de todos los prójimos, conocidos, parientes y extraños, amigos y enemigos, á los cuales debemos amar por amor de Dios. Y amarlos por amor de Dios, es amarlos porque son hechura de Dios, y porque participan de él los bienes de naturaleza, y son llamados á los de gracia, y capaces de los bienes eternos de la gloria. Y finalmente amarlos por amor de Dios, es amarlos porque Dios quiere y manda que sean amados. A este amor cuando es fervoroso, se sigue el celo; y celo es un afecto intenso y ferviente con que deseamos y procuramos el bien del amado (que respecto de Dios será procurar su honra, y respecto de los prójimos procurar su provecho); y si hay alguna cosa que se atravesase para estorbar lo uno ó lo otro, esto es, la honra de Dios, ó el provecho de los prójimos, hacerle rostro y resistencia

<sup>1</sup> 3 p., c. 1, § 26.

con fortaleza y constancia, y procurar vencerla, cuanto sea posible.

De este amor de Dios y del prójimo resultan en nosotros dos afectos respecto de Dios, que son gozo y paz, y dos respecto del prójimo, que son misericordia y beneficencia. El gozo se sigue naturalmente, como dice santo Tomás <sup>1</sup>, de la presencia de la cosa amada, y tambien de saber que le va bien á la persona que amamos; lo cual propiamente pertenece al amor de amistad, con el cual se goza y se alegra uno de que á su amigo le sucedan las cosas prósperamente, aunque esté ausente; y como la caridad es amor de Dios, cuyo bien no le puede faltar, porque él es su misma bondad, y por el mismo caso que es amado, está presente al que le ama conforme á lo que dijo san Juan <sup>2</sup>: «El que está en caridad está en Dios, y Dios está en él;» de ahí es, que de la caridad procede el gozo, gozándose los que le aman de su bien y de su presencia. La paz tambien nace de la caridad, la cual no solamente dice union y concordia con los prójimos, sino tambien de cada uno consigo mismo. Porque como sucede muchas veces desear uno cosas contrarias (ó porque el apetito sensitivo y racional son contrarios entre sí, ó porque con el mismo apetito desea cosas que no puede alcanzar juntamente) es cierto, que mientras no se concuerdan estos apetitos, no puede estar quieto el corazon, ni tener una paz consigo. Pero la caridad compone todas estas diferencias, porque amando á Dios de todo corazon, unimos y concordamos en él todas nuestras voluntades. Y amando al prójimo como á nosotros mismos, queremos tambien cumplir su vo-

<sup>1</sup> S. Thom., 2, 2, q. 28, art. 1.—<sup>2</sup> I Joan. IV, 16.



luntad como la nuestra; y así de la caridad nace la paz. Esto es de santo Tomás <sup>1</sup>.

Respecto del prójimo, es tambien causa la caridad de la misericordia y de la beneficencia. Misericordia es una virtud con que nos dolemos del mal de nuestros prójimos. Porque si los amamos como á nosotros mismos, es consiguiente que nos aflijan los males que ellos padecen, como si nosotros los padeciéramos. Lo cual llamamos tambien compasion, porque hacemos compañía al que padece, y padecemos juntamente con él. Esta compasion cuando es verdadera, se muestra en las obras, de donde resulta la que llamamos beneficencia, que significa aquel buen afecto de la voluntad que viene á tener efecto en las obras con que hacemos bien á todos los que podemos, ejercitando en varias materias y ocasiones todas las obras de misericordia, así las espirituales como las corporales. Y esto es lo que toca á las tres virtudes teologales y á las demás que están conjuntas ó proceden de ellas.

<sup>1</sup> 2, 2, q. 29, art. 1 et 3.

## CAPÍTULO V.

DE LA MUCHEDUMBRE DE LAS VIRTUDES MORALES.

**N**O son menos fecundas las virtudes que llamamos cardinales ó morales, porque comprenden debajo de sí otras muchas virtudes, que son como ramas ó como hijas, compañeras y allegadas suyas. Primeramente, la prudencia es como la guía que gobierna las acciones humanas, y la que teniendo delante el fin que pretende, busca los medios convenientes con la madura consultacion, y los halla con el juicio acertado, y los ejecuta eficazmente con su imperio. Esta prudencia, segun las materias á que se aplica, toma diferentes nombres. Porque la que gobierna una casa y familia, se llama económica, y militar la que gobierna un ejército, y la que atiende al gobierno de un reino en el príncipe, ó en los súbditos, y los dispone en orden al bien comun de la república, se llama política. Otra prudencia hay que en las cosas interiores y espirituales sabe reconocer y apartar lo verdadero de lo falso, lo bueno de lo malo, y lo menos bueno de lo mejor, para aceptar y seguir lo bueno respecto de lo malo, y lo mejor respecto de lo menos bueno; y ésta llamamos discrecion espiritual, la cual es muy necesaria á las elecciones. Las ayudas que tiene la prudencia, y las virtudes y propiedades que la acompañan son éstas. Primera, la memoria para acordarse de las cosas pasadas, la cual se debe enriquecer,



no solamente con la propia experiencia, sino tambien con la leccion de las historias en aquellas materias que dependen de nuestro gobierno y providencia. Segunda, el entendimiento para reconocer el estado de las cosas presentes y penetrar las razones de ellas. Tercera, la solercia y sagacidad para conjeturar acertadamente de las cosas ocultas, y el buen discurso para venir sin error al conocimiento de unas cosas por otras. Demás de esto deben acompañar á la prudencia la circunspeccion para mirar atentamente todas las circunstancias del negocio que emprendemos, para que no se yerre por razon de ellas lo que mirando la sustancia de la obra fuera acertado. La providencia para prevenir los medios convenientes en orden al fin que pretendemos. La solicitud para no dar lugar á dilaciones en la ejecucion de lo que conviene. Y finalmente la cautela para mirar con cuidado si se atraviesan en la ejecucion algunas dificultades y estorbos, para que lo que se empezó con prudencia, no se trueque y se acabe con temeridad. Y porque es dificultoso que ninguno, por sabio que sea, alcance ó advierta todas las razones ó circunstancias de las cosas, es muy propio de la prudencia pedir y tomar consejo de los más sabios y experimentados; y aquella aplicacion del ánimo para oír y admitir los consejos, no resistiéndolos con dureza, ni olvidándolos con descuido, ni menospreciándolos con soberbia, ésta es la que llamamos docilidad.

○ Síguese luego la justicia, nobilísima virtud entre todas. Esta es la que hace florecer los reinos, la que guarda las ciudades, enriquece las repúblicas, tiene quietas las comunidades, y conserva en paz todo el universo. Esta es la que en los contratos de los particulares guarda igualdad, y en la distribucion de los bienes comunes no

mira las personas, sino los merecimientos; la que da á cada uno lo que es suyo, y hace menospreciar el interés propio por no agraviar el derecho ageno, y cerrar los ojos al bien particular, por atender y mirar por el provecho comun. Y aunque mirando la naturaleza de esta virtud en todo rigor, pocas veces toca el uso y ejercicio de ella á personas religiosas, y que por razon de su profesion tratan de la perfeccion y aprovechamiento espiritual; pero hay un género de virtudes, que por emplearse en cumplir con algunas obligaciones, y pagar algunas deudas, son como ramos de la justicia y se reducen á ella, y el ejercicio de éstas es muy propio de personas espirituales. Estas virtudes que decimos, unas nos ordenan bien para con Dios, y otras para con los hombres. Porque á Dios primeramente le debemos toda honra, culto y adoracion, como á Señor universal y criador de todas las cosas, sintiendo de él altísimamente y estimándole sobre toda estimacion, y sujetándonos á él en lo profundo de nuestro corazon; y este oficio hace la virtud de la religion, que por esta causa es excelentísima entre todas las virtudes morales; pero si á este Señor á quien debemos todo servicio y reverencia le ofendemos, tenemos obligacion á pedirle perdon, con aborrecimiento de la culpa y debida satisfaccion, lo cual hace la virtud de la penitencia.

Para con los hombres nos corren tambien varias obligaciones, porque á la patria, á los padres, hermanos y parientes debemos amor y reverencia, y en las ocasiones tambien socorro y defensa; y para esto se pone tambien la virtud de la piedad. A los mayores en edad, en dignidad, en sabiduría ó en alguna otra excelencia, se les debe honra, respeto y cortesía, y para esto es la



virtud que llamamos observancia. A los superiores cuando mandan se debe obediencia, que es una virtud que inclina á ejecutar los mandamientos de los superiores, por esta razon de que son superiores y lo mandan. A los bienhechores se debe agradecimiento ó gratitud; á la cual toca reconocer el beneficio recibido, alabarle y estimarle, y darse por obligado al retorno, cuando lo pida la ocasion, y cuanto lo sufra la posibilidad. A todos los hombres se debe el trato sencillo y verdadero, no mintiendo, no fingiendo, no engañando, sino hablando de las cosas como ellas son, y mostrándose cada uno en lo de fuera cual es en lo de dentro, todo conforme á las reglas de buena prudencia, y para esto es la virtud de la verdad y simplicidad. Y como éstas hay otras muchas virtudes y actos particulares de ellas, que en todas materias nos disponen á cumplir lo que por cualquiera causa y buen respeto debemos á los otros hombres.

Vengamos á la fortaleza, que es una virtud que gobierna las acciones humanas en los casos ásperos y dificultosos, ora sea sufriendo los trabajos con constancia cuando se ofrecen, ora sea acometiéndolos con esfuerzo cuando conviene y lo piden las ocasiones, de manera que ni falte uno á sus obligaciones por temor, ni exceda por temeridad ni osadía; y si la fortaleza se ejercita en emprender cosas grandes y dificultosas, tiene dos virtudes que la ayudan, que son magnanimidad y magnificencia; y si se ejercita en sufrir las cosas adversas, tiene otras dos, que son paciencia y longanimidad. La magnanimidad es la que se extiende á obras grandes y excelentes, y dignas de mucha honra, y la que desprecia y tiene en poco la honra mundana cuando se la ofrecen, ni la pretende cuando se la niegan, contentándose solamente con merecerla, siendo verdad, como lo es, que no la merece el

que la tiene por fin de sus obras, sino el que obra cosas grandes sin pretenderlas, solamente por el fin propio y debido de la virtud. A esta virtud de la magnanimidad acompaña otra que llamamos seguridad, la cual quita de nosotros el temor congojoso de errar, ó de no conseguir lo que pretendemos, y nos ayuda á emprender las cosas dificultosas con tranquilidad y quietud; porque el magnánimo confiando en el socorro y ayuda divina, no mira estas empresas como cosas sobre sus fuerzas; y así está seguro del suceso con la humildad. La magnificencia es la que tiene en poco el dinero y las riquezas temporales, y usa de ellas con grandeza en obras suntuosas y extraordinarios gastos, no vanas, sino provechosas y de lucimiento á la república y al bien comun dentro de los límites de la virtud y prudencia; como son edificios de templos, de hospitales, de universidades, de palacios y dotaciones grandes para el culto divino, para el remedio de los necesitados, para el aumento de las letras y buenas artes, y cosas semejantes. Y estas virtudes son las que acompañan á la fortaleza para emprender cosas árduas y dificultosas.

Mas para sufrir las adversas, es en primer lugar la paciencia, á la cual pertenece moderar la tristeza que suelen causar los males de esta vida, como son enfermedades, pobreza, deshonras, contradicciones y persecuciones, muertes de personas conjuntas en sangre ó en amistad, y cosas semejantes. Moderar la tristeza que resulta de estas cosas adversas, de manera que no exceda los límites de la razon, esto es paciencia; y tambien lo es gobernarse en estas ocasiones de manera, que no se dé muestra ó significacion de ánimo flaco y vencido con el peso de la tribulacion, ni se vea en el hombre exterior cosa que no sea de corazon esforzado y varonil.



Y si estos males duran por mucho tiempo, y el remedio se dilata, así como se añade nueva dificultad por la largueza del tiempo, así es menester nueva virtud que alargue el ánimo y le haga igual, no sólo á la grandeza del mal, sino tambien á la duracion de él; y ésta llamamos longanimidad. De esta manera queda nuestro espíritu bien armado con la virtud de la fortaleza, así para sufrir las cosas adversas, como para emprender las dificultosas.

La última de las virtudes morales es la templanza, á la cual pertenece poner tasa y moderacion en el apetito y prosecucion de las cosas que causan deleite, así en las que tocan al cuerpo y los sentidos, como en las que tocan al alma y sus potencias, de manera que el apetito y concupiscencia de lo que da gusto, no haga exceder de los términos de la razon. Esta moderacion, cuando se pone en el manjar, se llama abstinencia; cuando en la bebida, principalmente del vino y de todo lo que puede embriagar, se llama sobriedad. Para templar y refrenar los deleites ilícitos y lascivos de la carne, se pone la virtud de la castidad. Y si se extiende más á renunciar los deleites lícitos del matrimonio, con firme propósito de conservar en la carne corruptible perpetua incorrupcion, eso llamamos virginidad. Para cuya guarda, y de la castidad, es necesaria una vergüenza virtuosa para contener la vista, la lengua, el rostro y las manos de cualquier cosa indecente, y que puede ofender la limpieza de la castidad; y este género de recato y vergüenza llamamos pudicicia. Y cuando se pasa más adelante, no solamente quitándole al cuerpo los entretenimientos que tienen olor de liviandad é indecencia, sino castigándole con ayunos, vigiliias, disciplinas, cilicios y otras asperezas semejantes; esto es penitencia corporal. Demás

de estas virtudes, para moderar la demasía en el hablar, ponemos la virtud del silencio; y para componer todos los movimientos y acciones del hombre exterior, la virtud de la modestia; y esto es lo que toca á la templanza acerca de las cosas corporales.

Cuanto al espíritu, en dos cosas solemos exceder ordinariamente. La primera, es en el apetito del saber cosas curiosas, secretas é inútiles, y las más veces dañosas, empezando por el contrario en el estudio de las cosas provechosas. Y para avivar el cuidado de estudiar lo provechoso, y reprimir la curiosidad del saber lo inútil y dañoso, se pone la virtud de la studiosidad. La segunda cosa en que excedemos es en el apetito de la propia excelencia, estimándonos á nosotros, y deseando ser estimados de los otros más de lo que somos y merecemos; y para moderar este apetito se pone la excelentísima virtud de la humildad, con la cual un hombre conociéndose de verdad, se desestima y tiene por vil, y de la misma manera quiere ser conocido y desestimado de los otros.

## CAPÍTULO VI.

QUE TODAS LAS VIRTUDES SON NECESARIAS PARA LA PERFECCION, Y DE LA DIFICULTAD QUE RESULTA DE AQUÍ Á LOS PROFICIENTES.

**S**i en cualquier género aquello se llama perfecto que no le falta nada, sin duda mucho le falta á quien le falta cualquiera de las virtudes; y así no puede ser ni